

Ocurre, además, que autores clasificables, por cronología y/o por gusto, en este movimiento (como G. Gramigna, S. Vassalli, C. Villa, C. Viviani, A. Spatola, S. Lanuzza, N. Cagnone, V. Riviello, A. Lumelli, etc.) tienden a enmascarar el compromiso con una acentuada presión formalística, convencidos como están de que un rasgo distintivo, entre quien opera en el interior de la tradición y quien está fuera de ella (o sea, entre el frente tradicionalista y el de las denominadas vanguardias), está representado por el presupuesto de que el requisito esencial de la actividad literaria es la búsqueda de la novedad; y aunque ya no se propongan como vanguardias reconocibles en la defensa a ultranza de programas o técnicas particulares, no obstante está siempre viva en ellos una especie de fe en el principio de que hacer literatura consiste en el intento de superar el dejà fait: en descubrir modos diferentes de ser, incluido aquel de reciclar un pasado más o menos remoto, más o menos olvidado. Por otra parte, la conjunción de desarrollos diversos (desde aquellos socio-culturales a aquellos tecnológicos) ha madurado una cierta mentalidad, por la cual las búsquedas expresivas se ponen como uno de los aspectos a través de los que es posible realizar la utopía de la liberación individual y colectiva preconizada por las filosofías contemporáneas, representando esto una suerte de autorización para salir de la acostumbrada lógica de la frase, para sustraerse a las restricciones de los significados y a su "neutralidad" respecto de los significantes. Pero no sólo esto: la perspectiva con la que debe acogerse la búsqueda ya no es aquella, vinculante y reductiva, de la lectura sin más, sino la de la implicación, del juego; verdaderos modelos para una creatividad personal y una democratización de la relación con la producción literaria. No siempre, sin embargo, se trata de posiciones de ataque a los principios de la pertinencia lingüística, a la intangibilidad de la palabra (como nos ha acostumbrado el experimentalismo más desenfrenado de estos últimos años), sino más a menudo de un recurso al uso de particulares "estratagemas": desde el gusto por la homofonía al estremecimiento del lapsus, del calembour, etc. Verdaderas y propias astucias retóricas que revelan, por una parte, la calidad (la magia, el toque personal de quien obra), y, por otra, la cantidad: la serie de ideas, el intento de descubrir efectos inéditos, resultados sorprendentes.

Pero junto a estas tendencias más o menos dictadas por oportunidades historicistas, por una cultura inspirada en el Zeitgeist, en el área de la poesía italiana de hoy, se registran otros movimientos que, ignorando toda forma de contingencia, se alimentan de una irrenunciable fe en los recursos más profundos del hombre. Remitiéndose a la lección de Ungaretti, de un Betocchi y sobre todo de un Luzi, los poetas de esta tendencia están sostenidos por una suerte de integralismo metafísico, según el cual una de las probabilidades de supervivencia de la poesía está constituida por su fuerza de síntesis que permite satisfacer una profunda necesidad de unidad, allí donde la realidad de la existencia, ante la falta de una fe o de una convicción, resulta desmenuzada en pequeñas mitologías, perdida detrás de lo episódico. Es una gran aventura que consiste en el intento de reconstruir a través del lenguaje premisas válidas para el regreso a una concepción integral del mundo, como realidad que tiene principio y fin en sí misma. No se trata, es evidente, de una forma de neo-mallarmeísmo, cuyo significado moral (cuya religión, si queremos) ha sido desde hace tiempo olvidado (o cuanto menos relegado a una zona de sospecha), sino de una urgencia ético-estilística que, contra la disgregada vocación de la sociedad y la conciencia de la alineación, advierte un común sentimiento de la totalidad activa de la lengua,